

Síntesis Sociales

elaboradas por el

dial

PERU

“MANCHA INDIGENA”

por **NORMAN GALL**

(Traducción y subtítulos de Mauro Barrenechea)

Infundía respeto, a pesar de su anticuada y sucia apariencia. Las personas principales del Cuzco lo saludaban seriamente. Llevaba siempre un bastón con puño de oro; su sombrero, de angosta ala, le daba un poco de sombra sobre la frente. Era incómodo acompañarlo porque se arrodillaba frente a todas las iglesias y capillas y se quitaba el sombrero en forma llamativa cuando saludaba a los frailes.

Mi padre lo odiaba. Había trabajado como escribiente en las haciendas del Viejo. “Desde las cumbres grita, con voz de condenado, advirtiéndolo a sus indios que él está en todas partes. Almacena las frutas de las huertas, y las deja pudrir; cree que valen muy poco para traerlas a vender al Cuzco o llevarlas a Abancay y que cuestan demasiado para dejárselas a los colonos. ¡Irá al infierno!”, decía de él mi padre.

(“Los Ríos Profundos”, de José María Arguedas)

I.-HISTORIA

La Hacienda Lauramarca —el mayor latifundio en el Departamento del Cuzco, antigua sede del Imperio Inca— es un feudo gris-verdoso que se extiende sobre 80.000 hectáreas de ondulante puna azotada por el viento, cubierta de hierba y rastrojo y rocas glaciares en la sierra del sur de Perú, ocupadas por inmensos rebaños de ovejas, llamas y alpacas, y unos 5.000 siervos indios. Un enredo primitivo de cercas pedregosas delimita las minúsculas parcelas de subsistencia de los indios, a lo largo del riachuelo que divide la puna al ascender gradualmente hacia las blancas laderas del gran cerro de Ausanccate.

MONTAÑAS BLANCAS Y LEYENDAS NEGRAS

En tiempos antiguos, los indios eran enviados regularmente a recoger nieve de la elevada montaña de 7.000 metros de alto y traerla a espaldas en costales de aspillera, con paja, para hacer helado para la venta a los campesinos para beneficio del dueño en el mercado dominical de la casa grande de Lauramarca.

En la frialdad y oscuridad de las endeblés chozas de adobe, dispersas entre los reñiles de ovejas y sembradas de papas en la ondulosa monotonía de la puna, los indios cuentan historias de sangrientas rebeliones que ganaron cierto renombre en todo Perú a la Hacienda Lauramarca, como símbolo de la lucha social que ha culminado en la abolición de la servidumbre de los indios y de la desaparición del mismo régimen de la Hacienda. Por esta mala fama, Lauramarca fue la primera Hacienda expropiada por la enérgica reforma agraria que está llevando a cabo el "Gobierno Revolucionario" de generales y coroneles en el Perú. Al terminar la servidumbre feudal han brotado los cambios sociales convulsivos que llevan al Perú hacia la más pasmosa y confusa erupción de reformas que Latinoamérica ha visto desde los primeros años de la Revolución Cubana.

EL CURA-HACENDADO

Una de las historias contadas por los indios se refiere al asesinato, hace tiempo, de un hacendado famoso de la Hacienda Lauramarca durante una disputa con la vecina población de Ocongate, acerca del tradicional monopolio en el comercio con sus siervos. La aldea consistía en un conjunto de casas de barro cubiertas de cal, ocupadas por pequeños comerciantes y funcionarios menores que prosperaban a base de comprar ovejas robadas y ejerciendo con los indios otros negocios prohibidos. Para aumentar sus negocios se dedicaron a presionar en el sentido de que el mercado semanal de la región, en vez de tenerse en la Hacienda, pasara a la plaza del pueblo. El hacendado era un sacerdote delgado, amargo, imperioso, el P. Hilario Antonio Saldívar, conocido por su sotana negra y su cabellera ondulada, y por reunir a sus siervos cada domingo al amanecer en la capilla de la casa grande para que le oyeran la misa en latín, por lo cual le ofrecían un óbolo en ovejas.

NORMAN GALL, periodista, publica reportajes sobre Latinoamérica en el "New York Times" y "The Economist", de Londres, y está escribiendo un libro sobre la revolución andina. Acaba de regresar de un viaje de once meses, en camioneta, con su esposa, a través de Perú, Bolivia y Chile. Este artículo es una primicia de su libro, que será publicado por Monte Avila.

Los indios se sometían servilmente en la iglesia, como también lo hacían en el mundo, y traían al dueño-sacerdote muchos regalos, la capilla olía a orines de los niños y sus apreciadas pinturas al óleo —realizadas por artistas errantes siglos atrás— estaban tan dañadas por las goteras del tejado, y eran tan deslucidas y primitivas en su concepción religiosa, que parecían haber sido hechas en los primeros brochazos defectuosos de la Creación.

Los días de fiesta, los indios llenaban la capilla cubiertos con chales y ponchos color vino, hábilmente entretejidos con dibujos a imitación del plumaje de la corona incaica. Una chirriante orquesta, compuesta por flautas, arpas y violines caseros, acompañaba la misa recitada por el cura Saldívar en una lengua incomprendible para los indios. La orquesta producía su música tradicional con devoto y ardiente misticismo, y el arpista indio, como siempre, cerraba los ojos al tocar.

SANGRE POR EL MERCADO

El 8 de febrero de 1899 (1), al amanecer, la gente de Ocongate atravesó el espumoso riachuelo, crecido ahora por fuertes lluvias, para atacar la casa grande de Lauramarca. La noche anterior, el alcalde y otros notables del pueblo habían pasado a la Hacienda para vender aguardiente a los indios en vísperas de Carnaval. El ataque ocurrió a consecuencia de que el alcalde de Ocongate había sido capturado y llevado descalzo a la casa grande, edificio de adobe con aspecto de fortaleza, rodeado de patios amurallados en que crecían unos pocos eucaliptos mustios; todo ello, propiedad de los Saldívar por generaciones. Dos indios fueron muertos cuando trataban de impedir a los asaltantes el que rompieran la puerta de la casa solariega; los del pueblo forzaron su entrada al interior pavimentado del patio y saquearon la casa grande, llevándose ovejas, caballos y alpacas, así como grandes cantidades de cebada y aguardiente. Cuando el P. Hilario Antonio Saldívar apareció en una ventana para hablar a la turba enardecida, fue gravemente herido por un escopetazo de posta o perdigón grueso. "No pudieron ser los indios quienes hicieron eso, porque ellos pensaban que el cura Saldívar era algo así como un dios", me dijo un viejo campesino en quechua, la antigua lengua vernácula de los Andes peruanos. "Al verlo herido malamente por la gente de Ocongate, algunos de nosotros llevamos al cura en una camilla de pieles a través de las montañas por dos días y sus noches hasta Cuzco para salvarle la vida. Pero él falleció pocos kilómetros antes de llegar y echó una maldición en sus últimas palabras. Antes de que el cura Saldívar echara esta maldición, nuestras papas crecían del tamaño de melones, pero ahora salen pequeñas y duras."

El alzamiento de la gente de Ocongate en 1899 —a consecuencia del cual el mercado pasó de la Hacienda al pueblo poco después de la muerte del cura— fue un augurio de los cambios rápidos, y a veces violentos, que Perú ha estado experimentando en este siglo. Conflictos como éste acompañaron el crecimiento de las ciudades mercantiles en Europa durante la Edad Media y contribuyeron a que la sociedad feudal entrara en el mundo moderno.

(1) Véase "El Comercio", diario del Cuzco, 22 de febrero de 1899.

II.-MODERNIZACION

DE "PERROS GUARDIANES" A REVOLUCIONARIOS

La modernización del Perú ha engendrado inmensas presiones sociales que llevaron al chaparrón de decretos del "Gobierno revolucionario" que han estado descendiendo sobre Perú desde que las fuerzas armadas tomaron el poder hace dos años.

Los vecinos de Ocongate son mestizos y **cholos** (indios que pasan a la cultura hispánica), y su triunfo sobre el poder tradicional de la Hacienda es parte de las grandes mutaciones políticas y culturales que ahora están transformando a Perú: el creciente poder político de la mayoría mestiza residenciada en aldeas y ciudades y que los sociólogos llaman la "cholificación" de los indios.

La nueva conciencia social de los oficiales del ejército peruano, en su mayoría mestizos, conocidos desde hace tiempo como "los perros guardianes de la oligarquía", esa conciencia vino a ser la fuerza orientadora desde que el ejército tuvo que enfrentarse con una serie de levantamientos campesinos y guerrilleros en los Andes durante la década de 1960.

La reciente decisión del ejército de tomar el poder y llevar el Perú hacia "soluciones revolucionarias", provino principalmente de los servicios militares de inteligencia, que crecieron abrumadoramente cuando combatían tres reducidas —y excesivamente publicadas— guerrillas que operaban a lo largo de las laderas orientales de los Andes. Las rápidamente crecientes operaciones antiguerrilleras —dirigidas principalmente por oficiales entrenados en cursos de inteligencia y tácticas antiguerrilleras en Estados Unidos y Francia— montaron un monumental aparato de espionaje militar que penetró no sólo en los centros de rebelión de las Universidades y el campo, sino también el "establishment comercial" y los partidos tradicionales. Estos oficiales dijeron después haber encontrado la estructura existente tan corrompida que podría disolverse en violencia y caos, a no ser que se adoptaran drásticas reformas. Desde que realizaron el incruento golpe de Estado, a las cinco de la mañana del 3 de octubre de 1968, estos oficiales han decretado nuevas leyes, por las que pasan a ser propiedad o control del Estado los principales sectores de la economía peruana: los bancos, la prensa y las industrias de minería, petróleo, azúcar y pesca. Entre todas estas medidas, sin embargo, el "Gobierno Revolucionario" ha arriesgado la mayor parte de su prestigio y esfuerzo en ejecutar el programa más radical de reforma agraria en la última década en Latinoamérica.

En junio 24 de 1969, el Presidente Juan Velasco Alvarado, que mandaba las fuerzas armadas al ocurrir el golpe, apareció en una emisión de radio y televisión difundida por todo el país para pronunciar un discurso histórico anunciando que:

"El Gobierno del pueblo y de las Fuerzas Armadas pone hoy en movimiento un vigoroso e irreversible proceso de transformación nacional, evitando el caótico surgimiento de violencia social y dando autónoma solución a los seculares problemas del Perú... Hoy, en el Día del Indio, día del campesino, el Gobierno Revolucionario le rinde el mejor de todos los tributos al entregar a la nación entera una ley que

pondrá fin para siempre a un injusto ordenamiento social que ha mantenido en la pobreza y en la iniquidad a los que labran una tierra siempre ajena y siempre negada a millones de campesinos. Al hombre de la tierra, ahora le podemos decir, en la voz inmortal y libertaria de Túpac Amaru: Campesino, el patrón ya no comerá más de tu pobreza."

MUERTE DEL PATRON Y REFORMA AGRARIA

"El patrón ha muerto", me dijo Sixto Flores cuando viajábamos por la puna en dos huesudos caballos después de que la Hacienda Lauramarca fue expropiada el año pasado. "La reforma agraria ha venido en su lugar."

Sixto Flores Yucra, de 41 años, es un egresado del ejército peruano y, por tanto, uno de los pocos indios de la Hacienda que habla castellano, aunque sólo puede descifrar un periódico o un documento legal lentamente y con gran esfuerzo. (La mayoría de los habitantes de la zona andina conocida como la "Mancha Indígena" no saben leer ni escribir y hablan solamente el quechua, que en sus numerosos dialectos todavía es la lengua vernácula utilizada en la mayor parte de las serranías de Perú, Bolivia y Ecuador.)

EL INDIO SE "CHOLIFICA"

Sixto es un hombre afable, de fuertes pero expresivas facciones, que muestran una mezcla de indio nativo y de esclavo africano traído al Cuzco hace tres siglos. Tiene un rostro extraño, alargado, con una amplia boca sin tensión y unos ojos de mirar tranquilo que a veces brillan con una inteligencia rústica muy aguda. Como la mayoría de los indios, va cubierto con un pesado poncho marrón, sombrero de amplia ala y sandalias hechas de viejos cauchos de automóvil; pero, a pesar de su indumentaria, es la viva imagen del indio que despierta al mundo moderno.

Aprendió a hablar castellano en el ejército, para el cual fue reclutado hace veinte años según el sistema inmemorial: el ejército, rodeando una población indígena, mete a todos los jóvenes elegibles dentro de un camión y se los lleva. Desde que terminó el servicio militar, Sixto Flores ha sido elegido personero de su comunidad tres veces, también ha actuado como catequista seglar de la religión católica, dirigente del sindicato campesino organizado en la Hacienda en 1957 con la ayuda de los líderes comunistas de la Federación de Trabajadores del Cuzco, y ahora es Presidente de la Cooperativa que el Ministerio de Agricultura ha organizado entre las 975 familias indias de la Hacienda. Desde el año pasado en que se formó la Cooperativa, Sixto ha estado haciendo viajes al Cuzco para presentar solicitudes en las oficinas del Ministerio de Agricultura, adquirir costosos sementales de raza para la Cooperativa con préstamos del Banco Agrario, así como arroz, alimentos enlatados y **coca** (2) para el almacén de la Cooperativa que ha reemplazado al buhonero cholo que

(2) Hojas de una planta tropical, de las que se extrae la cocaína; mascadas por los indios juntamente con un poco de cal, estimulan la secreción de jugos gástricos que reducen la sensación de hambre.

vendía a la puerta de la Hacienda. Cuando se ocupa en estos viajes al Cuzco, a Sixto le pagan una cantidad equivalente a setenta y cinco centavos de dólar al día para los gastos y duerme por las noches sobre una piel de oveja en el garaje del Ministerio de Agricultura, donde un antiguo campesino de Lauramarca trabaja como guardián nocturno. "El mes pasado, en la feria agrícola de Cuzco, perdí mi sombrero cuando compraba seis toros de raza para la Cooperativa", me dijo Sixto. "Por causa de la Cooperativa no he cosechado mis papas. Cuando volví del Cuzco sin mi sombrero, mi esposa y mi suegra dijeron que yo había estado borracho y durmiendo con prostitutas."

"CAMPAÑA DE DESOBEDIENCIA" Y BARBARA REPRESION

Cuando la Hacienda Lauramarca fue expropiada el año pasado, sus siervos llevaban casi medio siglo en huelga. En 1922 esta huelga o "campana de desobediencia" comenzó después de que el gobierno del dictador Augusto B. Leguía (1919-30) rechazó la petición de los indios de que se abolieran sus obligaciones feudales. En 1926, el sobrino del cura Saldívar, miembro influyente en el partido del dictador, había enviado tropas a la Hacienda para aplastar la "campana de desobediencia" de los siervos. Los soldados fueron atacados por los indios con piedras lanzadas con hondas, táctica usada también en la invasión campesina de tierras en la década del 60. Según un informe oficial presentado después de la caída del dictador Leguía, el ejército entonces "cometió todos los crímenes posibles imaginables contra los indios indefensos. En horrible sucesión de fechorías, violaron a las mujeres, golpearon bárbaramente y quemaron las ruinosas cabañas de los indios. Es decir, los habitantes de Lauramarca sufrieron los efectos de una verdadera invasión armada. Como epílogo, varios indios (cuyos nombres aparecen en el informe) fueron separados de sus familias y deportados a la zona selvática de Ccosñipata, donde aún permanecen." (3) Todos los deportados murieron finalmente en la selva, pero la huelga revolucionaria de los indios de Lauramarca continuó. Por represiones de esta clase, el ejército adquirió su mala fama como "perro guardián de la oligarquía".

SERVIDUMBRE EN LA SIERRA

Cuando visité por primera vez la Hacienda Lauramarca, pocos semanas después de ser expropiada, un anciano campesino llamado Mariano Mamani me dio una copia de la lista de obligaciones feudales publicadas en un periódico de Lima en 1931, cuando él y otros siervos habían viajado a Lima para buscar un alivio por parte del Gobierno. La lista es una buena muestra del tipo de servidumbre que prevalecía en la sierra hasta la década del 60 (4):

"...a) Nosotros hacíamos servicio obligatorio como póngos (sirvientes de casa, sin paga) para el dueño

(3) Mencionado por Richard Patch en su artículo "Indians Emergence in Cuzco", aparecido en *American Universities Field Staff Reports*. West Coast South America. Vol. V, No. 9 (1958).

(4) Tomado de "Las exacciones del gamonalismo y la impunidad de sus crímenes", publicado en *El Perú*, agosto de 1931. Los céntimos a que se hace referencia son propiamente centavos del dólar de entonces (1931). Las cantidades así convertidas corresponden a su valor original en "soles", moneda peruana.

de la hacienda y sus familiares; b) cada mes éramos enviados al Cuzco en grupos de a 30, donde nos alquilaban a diferentes casas sin recibir un céntimo en pago; y recibiendo solamente coca y algunas migajas de la mesa del dueño; c) otro número igual de los nuestros era enviado cada 40 días al valle de Marcapata, infestado de malaria, para trabajar allí en la hacienda del patrón, recibiendo 20 céntimos de paga al día; d) hacíamos el trabajo agrícola de la hacienda, el pastoreo del ganado del patrón y teníamos que pagar el doble del valor de cualquier animal que muriese por enfermedad o accidente; e) teníamos que llevar la cosecha de la hacienda a las ciudades del Cuzco y Sicuani, usando nuestros propios animales de carga, en viajes de 10, 15 y hasta 20 días, y nos pagaban 5 céntimos por cada tonelada de lana o papa que transportábamos; f) obligación de vender todas nuestras cosechas al patrón a precios ridículos, tales como ocho céntimos por una oveja; g) en cada rodeo anual teníamos que entregar el 5% de nuestros ganados al patrón, sin recibir ninguna paga por ellos. Además de estos abusos y robos existía el castigo físico por infracciones de estas reglas, tales como el ser colgado por los dedos de un gancho en la casa del patrón y recibir latigazos."

La teoría legal en que se basaban estas obligaciones era el pago en bienes y servicios por el derecho de vivir en la tierra del patrón, la cual había sido robada a las comunidades indias en los últimos cuatro siglos.

REPRESION POLICIAL Y PERSUASION RELIGIOSA

Hubo otra invasión de Lauramarca, esta vez por la policía rural, poco después de regresar los indios que habían ido a Lima en busca de alivio. Dos campesinos fueron muertos y los rebaños de los indios confiscados, después de que la familia Saldívar y el Prefecto de Cuzco se pusieron de acuerdo para repartirse el botín, que superó con mucho el importe de los tributos no pagados. Hacia fines de la década de 1930, los Saldívar trajeron al Arzobispo de Lima, Pedro Pascual Farfán, en un largo y polvoriento viaje a la Hacienda Lauramarca, para intentar la reconciliación con los indios. Ese mismo Arzobispo Farfán por aquel tiempo había publicado una carta pastoral que ha sido repetidamente mencionada, y en la cual se decía: "La pobreza es el camino más certero para la felicidad eterna. Solamente el estado que consigue hacer que los pobres aprecien los tesoros espirituales de la pobreza puede resolver sus problemas sociales." El intento de reconciliación fracasó.

CONVULSIONES DEL FEUDALISMO AGONIZANTE

En 1952, la Hacienda Lauramarca fue comprada por un grupo de ganaderos argentinos, quienes intentaron re-establecer la acostumbrada demarcación del terreno para recobrar los pastizales que habían sido invadidos y ocupados por los indios durante tres décadas. Los mayordomos ponían las alambradas de día y los indios las arrancaban durante la noche y robaban los carneros y ovejas de pura raza traídos por los argentinos. Cuando varios indios fueron arrestados, una delegación de campesinos viajó al Cuzco para pedir ayuda a la organización sindical, la cual inmediatamente nombró dos abogados para ayudar a los indios. En 1957 la Federación de Trabajadores organizó el primer sindicato campesino en la sierra entre

los siervos de Lauramarca. "Los argentinos nunca sacaron beneficio a la hacienda", me dijo el último administrador de Lauramarca. "Durante el gobierno anterior, fuimos a Lima para pedir que la hacienda fuera expropiada, pero la antigua agencia de reforma agraria rehusó porque había tantos problemas sociales." La formación del sindicato en Lauramarca fue el comienzo de una serie de levantamientos de unos

300.000 campesinos de las haciendas y las comunidades indígenas en la sierra central y sureña del Perú durante las décadas del 50 y del 60, lo cual acarreó represiones militares, así como diversas reformas, cada una de las cuales era más audaz que la anterior, con todo lo cual **se fue desmoronando el feudalismo agrario del pasado. El patrón ha muerto, y ahora no sabemos qué vendrá en su lugar.**

III.-COSTUMBRISMOS

PAPAS O "CHUÑO", "CHUÑO" O PAPAS

La casa de Sixto Flores Yucra está situada sobre un remoto valle a más de 4.000 metros de altura, muy cerca de donde comienza la nieve, al borde de ese mundo cercado que por siglos fue la Hacienda Lauramarca y en la cual la cultura occidental todavía no ha logrado sino una impresión leve y fragmentada. En el **ayllu** —comunidad indígena— de Sixto se cultivan más de cien variedades de papa; esta zona es uno de los centros donde empezó a cultivarse la papa antes del descubrimiento de América. Treinta comuneros siguen un sistema rotatorio en que cada uno cultiva diferente parcela cada año, a fin de que ninguno use permanentemente una tierra que es mejor o peor que las otras. Este sistema proviene del tiempo de los Incas, si bien ha desaparecido en la mayoría de las demás zonas de la sierra. Llegué a la casa de Sixto en el mes de julio, la estación de días cálidos y frías noches con cielos brillantes, la estación en que se cosechan las papas y se prepara el **chuño**. Chuño es el nombre que se da a las papas que, salvadas de las primeras heladas, se esparcen bajo la luna de julio para que se congelen, y después, durante el sol de la tarde, todos los miembros de la familia las van aplastando con los pies para que se reblandezcan y rezumen la humedad. Repetida esta operación varias veces, la papa se deshidrata completamente, de manera que sólo queda una pequeña y negra bola de sabor amargo que no se pudre con el tiempo. En todas las destartadas chozas de adobe esparcidas por los **herrumbrosos valles glaciares** de las laderas del gran cerro Aussancate, el chuño es el principal alimento durante la mayor parte del año. "Todas nuestras comidas son papas o chuño, chuño o papas", me dijo Sixto una noche mientras tomábamos una sopa de papa. "Las papas tienen un sabor más dulce, pero sólo pueden almacenarse por medio año sin que se pudran." En el terreno colindante con su casa, Sixto y su familia recogen papas hasta el anochecer, momento en que, repentinamente, todo el valle se inunda en una luminosidad amarillina para sumergirse, también rápidamente, en una prístina tenebrosidad y frío. La luz y el calor son muy apreciados aquí. Durante el día, la familia trabaja intensamente y en un silencio raras veces interrumpido. Sixto usa una indumentaria color rojo vivo, hecha en casa, con un cuello alto y un sombrero de fieltro blanco; su esposa Vicentina, traída del valle de Vilcanota hace quince años, es una mujer fuerte, de ojos vivarachos y pies cenicientos, que lleva la tradicional falda negra de fabricación casera, bordado corpiño rojo y sombrero típico de la campesina. Con sus manos húmedas trabaja rápidamente excavando y separando

las papas —unas para comerlas pronto, y otras para hacer chuño—, colocándolas en diferentes sacos rayados, hechos de lana y alpaca finamente entretejida, traídos a la alta sierra por los indios que los fabrican cerca de la costa. "Las papas son más pequeñas este año por el granizo y las heladas", dijo Sixto, mientras él y su familia iban colocando las papas en montones pequeños cubiertos con paja y una pequeña cruz encima para evitar los maleficios de las brujas. Tienen un pequeño rebaño de ovejas y alpacas, pero muy raramente matan alguna de ellas para alimentarse. Sólo utilizan como comida a las que fallecen por enfermedad o vejez, porque prefieren guardarlas para proveerse de su lana, si bien ésta escasamente alcanza para el hilado con que la familia teje sus vestidos. Aun los conejillos de Indias que corretean en la oscuridad del cobertizo de la casa de Sixto, solamente en algunas ocasiones muy especiales son llevados a la cazuela.

EL HOGAR DEL INDIO

Sixto heredó la casa de su padre en la parte alta del valle, donde había suficiente espacio para pastorear su pequeño rebaño con relativa libertad respecto a los mayordomos de la Hacienda. Sin embargo, cultiva sus papas en tres parcelas separadas, a diferentes altitudes, para evitar que toda su cosecha se destruya en una sola noche de helada. La familia vive en un conjunto de cuatro chozas de adobe y un frío riachuelo de montañas serpentea en el patio intermedio. En la cabaña mayor está la cocina, llena de humo a las horas de comer, pues carece de chimenea. Los apreciados conejillos de Indias de Sixto huyen dando gritos y escondiéndose en el suelo terroso debajo del viejo telar manual en que se fabrican todos los tejidos para la familia, o entre los primitivos aperos de labranza, piedras de moler y los vivamente coloreados baldes y jofainas compradas en el mercado dominguero de Ocongate. A la hora de cenar, el padre y los cuatro hijos se alinean junto a la pared, musitando en la semi-obscuridad breves palabras en quechua mientras esperan recibir los alimentos. Mientras tanto, la esposa y la suegra de Sixto se agitan desasosegadamente, inclinándose sobre las ollas de barro cercanas al fuego hecho con estiércol seco de ovejas y alpacas, que para este efecto se almacena cuidadosamente en el patio. Al ser azuzado, el fuego se aviva y proyecta una larga sombra del incaico arado de mano —el **chaquitaccla**— colgado en la pared. Después de cenar, la familia se dispersa entre las diferentes cabañas, yendo las dos mujeres y la niña pequeña a aquella en que se almacenan las papas y el chuño, mientras que el hijo mayor duer-

me en un estrecho aposento sobre el corral, para evitar que les roben los animales y las papas recién cosechadas. El robo es un constante peligro y obsesiona al campesino. "El hombre de aquella casa una vez me robó una oveja", me dijo Sixto en cierta ocasión cuando atravesábamos la puna. "Cuando tenga yo más poder en la Cooperativa, voy a enviarlo a la Sepa (la colonia penal en la selva)." La desconfianza de los campesinos, más el deseo que tienen muchos de

dividir la tierra entre ellos, ha impedido la organización de una buena cooperativa. Además, cuatro quintas partes de las 80.000 hectáreas que pertenecían a la antigua Hacienda, han estado en posesión de los indios por muchos años. Y como ahora se van a separar unos pastos para el nuevo ganado de raza de la Cooperativa, se están despertando los conflictos y tentaciones de antaño, cuando se intentó delimitar la propiedad de los argentinos.

IV.-PERSPECTIVAS

DUDOSOS "SLOGANS" COOPERATIVOS

Cuando íbamos a hablar con los campesinos asentados en esas seis comunidades indígenas de la Hacienda, Sixto me dijo: "La cooperativa es la unión del pueblo en una sola fuerza", repitiendo lo que los promotores cooperativos del gobierno le habían dicho. "Con la Cooperativa habrá modernas técnicas educacionales y hasta una escuela que llegue hasta el 6º grado. Con la Cooperativa tendremos atención médica... Con la Cooperativa se suprimirán las diferencias sociales y económicas... No sabemos si todo esto es verdad... Nos han engañado tantas veces... Hay tanta desconfianza entre nuestra gente... Muchos quieren dividir la tierra entre ellos mismos en vez de cooperativa... No sabemos si tendremos una vida nueva o no más que un dueño nuevo, el gobierno, que ha expropiado la Hacienda para formar la Cooperativa. Muchos de nosotros no sabemos qué pasará. ¿Cree usted que estamos obrando bien?"

Esta pregunta es difícil de responder. Unos 60 países en el mundo están ahora desarrollando diferentes tipos de reforma agraria. Perú se ha demorado más y presenta algunos de los problemas más difíciles. La parte de su población rural más populosa y deprimida ocupa la serranía, que es grotescamente escasa en tierra productiva y está dispersa en los recovecos de remotos valles entre montañas, en las elevadas zonas de la puna, habitando dentro o al borde de los grandes latifundios como la Hacienda Laura-marca. La historia reciente ha mostrado que la reforma agraria es una de las labores más duras y complejas que cualquier sociedad puede emprender. Casi todos los movimientos revolucionarios de este siglo —en Rusia, México, China, Bolivia, Cuba, Argelia y Vietnam— han enarbolado la bandera de la reforma agraria. Los numerosos esfuerzos oficiales para resolver el antiguo problema de la relación entre hombre y tierra han destrozado en algunos casos el poder del terrateniente y del comerciante; pero otras muchas veces no se ha llegado a tanto, aun a costa de mucha sangre, dislocación económica y engaño oficial.

En mis diversos viajes como periodista a través de Latinoamérica en la última década he visto miles de campesinos en varias repúblicas para quienes las nuevas leyes de reforma agraria no han hecho sino entregarles un título no negociable de propiedad sobre miserables parcelas de tierra montañosa, árida y erosionada, que el terrateniente solía entregar a cambio de 120 días de trabajo sin paga en la hacienda. Es decir, el campesino ha sido atrapado en una agricultura de subsistencia, sin posibilidades para expan-

dir su producción o para adquirir nuevas tierras para sus numerosos hijos. En un libro, probablemente, el mejor hasta la fecha sobre las reformas agrarias de la postguerra, dice Doreen Warriner: "...las recientes medidas en Persia han tenido éxito, y son realmente un caso único, porque la reforma fue comenzada y llevada adelante en su etapa inicial por un líder que cree en la capacidad del campesino para resolver sus propios asuntos y los asuntos de su país. Esta capacidad es rara hoy día, y más rara aún es la capacidad de darle una forma práctica... Antes de criticar esta creencia, por tanto, los expertos internacionales harían bien en mirar detenidamente a los países latinoamericanos, donde las falacias retóricas son tan claramente insinceras y producen leyes que permiten tantas excepciones a los terratenientes, que el área distribuida se reduce a tierra desechada, mientras los funcionarios salvaguardan su propia posición induciendo a una agricultura colectiva; o las propiedades se compran a precios mayores que los del mercado y se entregan a sindicatos que no pueden trabajarlas." (5)

Este pasado histórico de error y corrupción me lleva a creer que los únicos cambios valiosos en la sociedad rural y en los sistemas de tenencia de la tierra provienen de acciones violentas realizadas por los mismos campesinos, o de la amenaza de que puedan ocurrir. En otras palabras, la reforma agraria tiene éxito solamente después de que el campesino toma el asunto en sus manos y supera su propia mentalidad feudal.

FUTURO INCIERTO SOBRE CENIZAS DE CORRUPCION

La gran cuestión presentada —y todavía no contestada— por la ola de "reformas estructurales" en el Perú de hoy es si un país tan corrompido y debilitado por siglos de dependencia económica en la servidumbre y esclavitud puede llegar a ser una sociedad justa. La nueva reforma agraria o destruirá el parasitismo de los mestizos que se han estado alimentando a costa de los indios por siglos, o degenerará rápidamente en una triste y desilusionadora farsa. El extraer parasitariamente a los indios la riqueza es todavía una tradición tan establecida, que viajando a lo largo de la sierra peruana —como hicimos mi esposa y yo el año pasado en nuestra camioneta jeep— uno ve todo el tiempo la mejor tierra —en las fértiles riberas de los ríos semitropicales donde los Andes des-

(5) Cfr. Doreen Warriner, *Land Reform in Principle and Practice*. Oxford, 1969, pág. 135.

cienden a menos de tres mil metros— que aún se utiliza para cultivar la caña de azúcar con que se hace aguardiente para vender a los indios, lo cual significa que el más lucrativo uso de la tierra consiste en mantener emborrachados a los indios. En lo político, los departamentos andinos del Perú han sido tradicionalmente algo semejantes a los antiguos estados democráticos de lo más típico del sur de los Estados Unidos, con una fuerte e injustificada representación en el Congreso, elegida por menos de una quinta parte de la población en capacidad de votar, ya que los indios no pueden votar porque no llenan el requisito de saber leer y escribir. El relativamente pequeño número de votantes mestizos está tan íntimamente comprometido con la burocracia que aproximadamente uno de cada tres votantes es un empleado público y casi todo el resto tiene familiares cercanos que trabajan para el gobierno.

La economía de los campos y pequeñas aldeas es de una productividad tan baja que la burocracia ha venido a ser el principal camino abierto para los jóvenes mestizos que se hacen maestros de escuela, oficiales del ejército y burócratas de la reforma agraria. "Muchos hacendados e hijos de hacendados están volviendo al gobierno como funcionarios para implemen-

tar la reforma agraria", me dijo un joven antropólogo peruano. "Y numerosos administradores están quedándose en las haciendas también como administradores, por lo cual ha habido poco cambio en las relaciones tradicionales entre los mestizos y los indios."

La proliferación de universidades peruanas en la última década ha atascado el mercado de trabajo, con mal preparados abogados y agrónomos. El número de agrónomos graduados cada año fue duplicándose entre 1961 y 1965 y el único empleo abierto a estos graduados está en la burocracia de la reforma agraria con una paga muy baja; y, por cierto, el no emplearlos produciría una amenaza para el gobierno al enfrentarse con un proletariado de pequeños profesionales desempleados en las aldeas y en la sierra. Frecuentemente éstos se sienten como degradados por ser enviados a los indios, ya que prefieren la idea de tener una oficina en Lima, y generalmente trabajan con poca energía y entusiasmo. Aunque todavía es demasiado temprano para un juicio definitivo, hasta el presente la reforma agraria parece beneficiar a sus propios empleados más que a la masa de campesinos, y está amenazada de estrangularse con sus propias manos.

V.-INCERTIDUMBRE

¿REVOLUCION CAMPESINA, O DE LA CLASE MEDIA?

En un viaje de reportaje que hice a Cuba hace pocos años, encontré que casi todas las casas grandes de las haciendas nacionalizadas habían sido convertidas en escuelas, a fin de indicar simbólicamente la creación de una nueva sociedad. En Perú hoy día muchas de las casas de los hacendados están habitadas por funcionarios de la reforma agraria, y a veces por coroneles del ejército también. Esto confirma lo que Héctor Béjar, el único sobreviviente líder guerrillero de las insurrecciones ocurridas a mediados de la década del 60, me dijo en una visita que le hice en la prisión de Lima llamada Lurichango. (Béjar fue puesto en libertad en diciembre de 1970.) Delgado, flexible, con anteojos, hijo de un hacendado de Ayacucho, nació en la zona andina donde había de dirigir la más exitosa de las tres operaciones guerrilleras. "Nosotros, los izquierdistas, tenemos que hacernos más ágiles ahora que los militares se han vuelto revolucionarios; es de esperar que haya más conflictos sociales a medida que la reforma agraria se aplica. Porque no es de esperar que los campesinos, estando ya en posesión de tierras por las que pagaron con sangre, vayan a pagar ahora en bonos durante 20 años. El gobierno no puede forzar este tipo de pagos. El sistema de la hacienda permanece intacto mientras los burócratas de la reforma agraria reemplazan a los viejos hacendados y los mayordomos continúan manejando las haciendas que ahora se llaman cooperativas. Lo que estamos presenciando es una llamada revolución de la clase media, una alianza entre militares y técnicos civiles de la clase media, que están principalmente interesados en mejores empleos para ellos mismos."

DECEPCIONANTE PROMOCION COOPERATIVA

Centenares de indios escuchaban calladamente en la campa junto a la escuela de adobe blanqueada de cal, un luminoso sábado por la mañana, en una asamblea convocada por los promotores enviados por el Ministerio de Agricultura para organizar la Cooperativa en la Hacienda Lauramarca. Los campesinos estaban cubiertos con gastados y polvorientos ponchos, coronados por hundidos sombreros de piel de oveja, y manojos de coca abultaban sus mandíbulas. Estaban sentados en el suelo, en un gran masa de pasiva suspicacia, oyendo en forma casi inerte los discursos en quechua que los promotores mestizos les echaban desde una fila de pupitres con un pequeño atril en el centro, al cual se subía por turno para disertar. Entre los promotores había tres señoritas —una antropóloga, una trabajadora social y una demostradora del hogar—, primorosamente presentadas con sus anteojos negros y volantes pañoletas bajo sus sombreros vaqueros de amplia ala, y cubiertas por los ponchos de lana con dibujos de animales de estilo neo-inca, que se vende a los turistas en el Cuzco, la "capital arqueológica de América". Los hombres que las acompañaban eran organizadores de cooperativas, veterinarios y agrónomos recientemente contratados por la creciente burocracia de la reforma agraria, y muchos de ellos eran hijos de pequeños hacendados de la región del Cuzco.

Hablando en quechua, los promotores dijeron a los indios: "El gobierno revolucionario ha decretado la reforma agraria para terminar vuestros sufrimientos. En la hacienda hemos separado 25 acres para construir una nueva aldea. Todos vendrán a vivir en ella. Habrá un almacén cooperativo, con precios bajos. La

reforma agraria comprará animales de pura raza para vuestros rebaños. La Cooperativa os construirá una fábrica para el procesamiento de vuestra leche, mantequilla y queso, y habrá también inseminación artificial, y podréis traer vuestros tejidos para venderlos por medio de la Cooperativa. Pero recordad que hay una ley que envía a la cárcel a los que dicen cosas falsas para sabotear a la reforma agraria. Debéis acusar a esa gente a las autoridades competentes."

Después de tres semanas de visitar y persuadir a los indios para que formen la Cooperativa, los promotores se fueron de la Hacienda Lauramarca para formar cooperativas en otras partes. Algunos promotores más preocupados habían urgido al director regional de la reforma agraria en el Cuzco para que dejara en la hacienda unos dos o tres de los organizadores por un año aproximadamente, para ayudar a la Cooperativa en el período inicial; pero el director replicó que Lima le había asignado demasiadas cooperativas por organizar y que él necesitaba todos los promotores disponibles para visitar por equipos las haciendas de la región, de modo que pudiera informar a Lima que su cuota había sido cumplida. Por consiguiente, el haberse formado una cooperativa ha cambiado muy poco la situación en la Hacienda Lauramarca. "Los indios todavía viven en sus chozas, atendiendo a sus ganados, y siguen siendo engañados por los comerciantes de Ocongate, quienes les dicen que la reforma agraria les quitará su tierra y ganados y les hará trabajar de sol a sol", me dijo un joven maestro de escuela. "Después, algunos estudiantes de la Universidad del Cuzco vinieron a la hacienda y dijeron a los campesinos que la verdadera reforma agraria sólo se hace con sangre, que la tierra es de ellos y que ellos no debieran pagar los bonos del gobierno. Los indios están muy suspicaces de hacer sus pagos a la Cooperativa. De hecho, habían ahorrado algún dinero para comprar las tierras y se sorprendieron de que la reforma agraria no les fuera a repartir la hacienda. La reforma agraria les dice que la tierra y los animales son de ellos, pero ellos no están seguros de que eso sea verdad. Están acostumbrados a ser engañados por

los "mistis" —los comerciantes mestizos y funcionarios gubernamentales con quienes tratan—, que ya no saben qué han de creer. Cuando los indios van a la aldea para pedir certificados de nacimiento a fin de inscribir a sus hijos en la escuela, el secretario municipal de Ocongate pide que le traigan ovejas, quesos y cerveza como "regalo", además de pagarle un elevado honorario. De esta forma, el secretario municipal frecuentemente está embriagado y maldice violentamente a los indios, y la mayoría de las veces inscribe al niño con un nombre equivocado y, por tanto, el niño o niña tiene que llevar este nombre equivocado por el resto de su vida en sus papeles de identidad y documentos oficiales."

LOS MISMOS, CON DISTINTOS COLLARES

Tan pronto como los promotores de la reforma agraria se fueron de la Hacienda Lauramarca para formar cooperativas en otra parte, el administrador nombrado por el gobierno se trasladó a la casa solariega ocupada anteriormente por el antiguo administrador, y el nuevo inmediatamente se enredó con los indios —como hizo el antiguo— porque invadían los pastizales centrales reservados para la Hacienda. El nuevo administrador fue atacado en su caballo por varias mujeres indias, a las que encontró pastando las ovejas por una abertura que habían hecho en la alambrada de púas. Después de este incidente, mi amigo Sixto Flores Yucra, presidente de la nueva Cooperativa, me dijo en un momento de duda y desesperación que la única salida para el indio es convertirse en cholo y volverse parte de la estructura "misti" de poder, cuanto sea posible. "Los comuneros que habían estado cortando la cerca de alambre deben ser persuadidos de que están invadiendo la propiedad del Estado, que están abusando del esfuerzo de la reforma agraria y creando obstáculos. Yo hice una estupidez al no reengancharme en el ejército hace veinte años. Me habían enseñado un poco de castellano y algo de lectura, aunque nunca fui a la escuela, y para ahora yo podría haber llegado a sargento o a guardia de cárceles."

